

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 29 de Abril de 1926

Una bellísima historia

De las muchas cosas que se nos hacen aprender desde pequeños, ninguna se nos queda tan grabada en la memoria como las narraciones que contiene la Historia Sagrada, que de continuo recordamos, bien para admirar la vida de aquellos patriarcas y grandes señores de la antigüedad, ya las vicitudes por que atravesó el pueblo de Israel y los milagros que Dios hizo para protegerlo y a veces también para castigarlo, ya la historia de la creación del mundo, la prevaricación de Adán y Eva, el diluvio, las sorprendentes visiones proféticas, las singulares e insuperadas leyes dadas por Moisés, la historia, en fin, de la humanidad, cual se contiene en el Antiguo Testamento, y luego el nacimiento, vida, milagros predicaciones, pasión y muerte de Jesús, los hechos de los Apóstoles, la fundación de la Iglesia y todos los demás portentos que se narran en el Nuevo Testamento, cuyas narraciones, todas de la Santa Biblia, nos encantan y atraen por las enseñanzas que encierran, y en cuya exposición se han pasado la vida los hombres de más talento, cuyos estudios, contenidos en las notas que ilustran los textos bíblicos, constituyen un caudal inestimable de conocimientos de todos los órdenes.

Entre las historias que se refieren en el Antiguo Testamento se cuenta la de la aparición del Arcángel San Rafael, contenida en el libro de Tobías. Fue Tobías un hombre justo, que guardó siempre los preceptos y dedicó su vida a la oración y al ejercicio de las obras de misericordia, socorriendo largamente a los pobres y enterrando a los muertos. Una noche, rendido de la labor de enterrar a varios muertos, se quedó dormido a la intemperie y, a consecuencia de haberle caído en los ojos el excremento de un pájaro, se quedó ciego. Llevó su desgracia con admirable resignación, y habiendo decidido que su hijo, también llamado Tobías, emprendiese un largo viaje para ir a cobrar cierta deuda, se le apareció un gallardo mozo y se le ofreció a acompañar a su hijo, a lo que accedió el padre y al hijo le causó la mayor satisfacción. En el camino, estando el joven Tobías lavándose los pies, se abalanzó a él un gran pescado con intento de tragárselo, y habiéndole cogido y desentrañado su acompañante, por consejo de éste, Tobías guardó el hígado del pez. Continuando su camino, Tobías, siguiendo siempre el consejo de su guía, toma por esposa a Sara, hija de Raguel, realizan la finalidad de su viaje, cobrando a Gabelo la deuda que tenía con el anciano Tobías, y regresan, por fin, a casa de éste, donde después de ser curado de su ceguera aplicándole la hiel del pescado, que guardó su hijo, y cuando mostraban su agradecimiento al generoso acompañante y le hacían ofrecimientos de bienes y hasta le fastaban a que se quedase a vivir con ellos, el misterioso personaje les dice que era el Ángel Rafael, a quien Dios había enviado para premiarle sus buenas obras.

Las enseñanzas que encierra nuestro relato histórico, son hermosísimas. Por él vemos como Dios no abandona nunca a los que verdaderamente le aman y le sirven, y como premia los sacrificios que hacemos por él prójimo y cuán dulcemente consueta a las almas que a Él se dirigen por medio de la oración.

Sabido es que el nombre Rafael se interpreta como «Medicina de Dios», y por esto, como por los milagros que hizo con la familia de Tobías, así como por la asistencia que le prestó durante el viaje, es tentado San Rafael como abogado de los caminantes y también de los enfermos, habiéndose acogido la esclarecida Orden española de San Juan de Dios a la protección especial del Santo Arcángel. También todos debemos profesar especial devoción a San Rafael, porque siendo, como él declaró a Tobías, uno de los siete ángeles que asisten delante del Señor, puede servirnos de valedor, presentando a Dios nuestras súplicas, y puede servirnos, además, de abogado y protector en las vicitudes y penalidades de nuestra vida.

GLORIAS ESPAÑOLAS

La batalla de Lepanto

Era allá por el año 1571; los reinos cristianos se veían amenazados por el poder creciente de los turcos, que en el deseo insaciable de extender sus dominios pretendían apoderarse de la fértil isla de Chipre.

Varias afortunadas expediciones habían enorgullecido las armas turcas, hasta el extremo de poner en cuidado a los príncipes cristianos, que a iniciativa del Sumo Pontífice, San Pío V, decidieron coligarse y salirles al paso, para hundir con la ayuda de Dios la insolencia de los hijos de la media luna. Y, en efecto, entre el Papa, el Católico Rey de España Felipe II, las Repúblicas de Venecia y Génova se reunió una fuerte armada compuesta de más de 260 navas, de la que tomó el mando el hermano del Rey español, D. Juan de Austria.

Alertadas las bravas tropas cristianas con la esperanza de prestar un estimable servicio a toda la Cristiandad y confortadas con la Indulgencia Plenaria, otorgada por el Pontífice a favor de cuantos en causa tan santa pudieran encontrar la muerte, se aprestó la armada aliada a buscar a la turca, que se refugiaba en el golfo de Lepanto.

Llegadas a las aguas de Lepanto las escuadras aliadas, y habiendo dado vista a la turca, arengó D. Juan de Austria a sus soldados y manda arbolarse un Crucifijo y algunas imágenes de Nuestra Señora. — ¡Que así peleaban nuestros abuelos, buscando la gloria de la Divina Majestad y al amparo y protección de Aquel que por ser Dios de las batallas ha de dar todo esfuerzo a los que combaten por su nombre! —

Un disparo de bombardas da la señal de ataque, lanzanse las navas unas contra otras con grande estruendo, se pelea con ardoroso denuedo en toda la línea, sin que la victoria se decida por ninguno de los bandos. Mas habiendo calmado el viento de repente, que era favorable a los barcos turcos, empezó a soplar en sentido contrario, ayudando la acción de la flota cristiana. Y ahora en estas galeras, luego en aquellas, fué poco a poco declarándose la victoria por las armas españolas y sus aliadas, hasta conseguir poner en fuga los escasos restos de la escuadra mahometana, después de haber sido echadas a pique o capturadas muchas galeras y embarcaciones menores.

En este combate estuvo y peleó bravamente, el inmortal autor del *Quijote*, Miguel de Cervantes Saavedra.

FILATELIA

En el mundo de la Filatelia hay más curiosidades que las que suele haber en programa de feria, con espectáculos al aire libre. Esas curiosidades irán apareciendo a medida de que por nuestras planas circulen sellos, con el matasellos o sin él.

Hay sellos que no valen nada, y

aún cuando se presenten muy lavaditos, son rechazados; otros que valen tan poco que, con unas monedas de súpico cobre, se compran por cientos, y otros que son dignos de usar don, si no por el peso de ellos, por el que traen a sus propietarios.

De estos últimos vamos a hablaros hoy, por si da la casualidad de que, entre un libro de viejo pergamino, aparezca alguno que vuestro abuelito guardase de los tiempos que no vuelven más.

Uno de los sellos más caros es el de la isla de Mauricio, del año 1847. Este sello se ha llegado a pagar a 10.000 francos; valía un penny y tenía color de naranja, que ahora, nos lo figuramos, se le habrá subido de la emoción.

El de la isla de la reunión, negro, sobre papel azul, del año 1852, ha alcanzado 1.500 francos, con lo cual veremos que el primitivo color le habrá desaparecido, pues no es cosa de que con esa cantidad digamos que se ve negro.

Las islas de Hawai también vieron correr por ellos un selito que andando el tiempo había de hacerse pagar caro y de que se desease su compañía. Es azul, del año 1851, y se ha cotizado a 6 y a 8.000 francos.

La Guayana inglesa, allá por el año en que la melena y los sombreros de tubo se sublimaron al escuchar la poesía de aquella época, tuvo un sello de los más notables. Era de dos céntimos, circuló desde el año 1850, y aquellos dos céntimos, por arte de magia, aumentaron y hasta 5.000 francos se ha pagado por él.

De los sellos españoles, menos raros y algo más claros, aunque en el modo de pegarse poco difieren de los anteriores, también podemos indicar algunos que, dejando a un lado modestias innecesarias, han exigido fuerte cotización en el mercado.

Uno de ellos es el de veinticinco céntimos, de 1854, de color azul claro, más no tan claro como algunos que vemos en cuadros futuristas. Por un sello de éstos se ha llegado a pagar de 1.200 a 1.500 pesetas.

Otro sello, un poquitín más viejo que el anterior, que se hace pagar caro, es el de cincuenta céntimos, de 1851, color naranja, por los cuales se ha dado hasta 1.000 pesetas por cada uno.

Así, pues, si encontráis algún sello que responda a las señas de los anteriores, no lo tiréis, conservadlo y procurad convertirlo en plata, pero enteraos antes del precio a que se cotiza, por si hay que esperar mejor ocasión.

MOVIL

El descubridor de los secretos del mundo

El hombre, en su continuo caminar por los caminos de la ciencia, se encontró un día con que, para entrar en la cámara de los misterios le era necesaria la compañía de un mago que tuviese poder suficiente para hacer que las cosas más pequeñas creciesen y aumentasen de volumen para de este modo averiguar todo lo que en ello ocurría. Para encontrar a ese mago el hombre caminó y caminó hasta que un día tuvo la suerte de dar con él, y, desde entonces, el microscopio, que sólo tiene de las gentes la costumbre de aumentar lo que

avé, es el auxiliar más poderoso del hombre de ciencia, y cuando su ojo previsor cae encima del objeto que se desea examinar, ya pueden intentar huir los secretos de la naturaleza, que no conseguirán nada con sus intentos.

Sabido es que todo plato científico, por modesto que sea, no parece presentable si no va aderezado con la salsa de la erudición histórica, y así nosotros haremos, yendo a abastecernos a Babilonia. Allí, cerca del palacio de Nemrod, se encontró una lente de cristal de roca que había servido para aumentar, sin apelar a las memorias históricas, las cosas que en aquel país se veían hace miles de años.

¿Cómo se llegó a descubrir el uso de la lente de aumento? De un modo sencillo, observando que cuando un objeto pequeño lloraba y le quedaba encima una gota de agua limpia, aparecía más grande, quizá por lo que purifica el dolor. Aún no se sabía que un objeto transparente de superficie extensa y convexa como si fuese la reproducción de un huevo, altera la dirección de los rayos solares que lo atraviesan, dando así nacimiento al fenómeno, visto en las barracas de la óptica, que se llama refracción. Esta, como cabo que enseña la instrucción a soldados bisoños, hace converger todos los rayos hacia un punto llamado foco.

El uso, y nos suponemos también que el abuso, dada la amistad que a ambos los une, de la lente de aumento, aparece en diversos momentos de la historia en rústica del género humano. Se hacían de una especie de pelotas de vidrio o en forma de botella llenas de agua para engrandecer las imágenes sin calarlas con el chaparrón. La palabra lente viene, ella solita, de la forma de este vidrio, semejante a las lentejas, que tan buen natural tienen que se dejan comer sin pretensiones.

Los anteojos de larga vista son lentes que engrandecen, con el mayor desinterés, las imágenes de las cosas que hay alrededor de nosotros; su uso se aproxima a 600 años.

El primero que hizo un microscopio fué Antonio Van Lenevenkoek, un pobre dependiente holandés nacido el 1632 y muerto el 1723. Hacia aquella época Hawey maravillaba al mundo con sus teorías sobre la circulación de la sangre, pero como faltaba la demostración, y el mundo hace poco caso de lo que no ve y a veces de lo que ve, muchos no lo creían. Lenewenkoek, con su microscopio, pudo examinar la sangre en las venas y contemplarla, conquistar el campeonato de la velocidad. Este fué el primer servicio que figura en su hoja.

Como supondremos, el primer microscopio no era igual que el que usamos ahora, y tenía infinidad de imperfecciones, y para obviarlas, se hicieron mejoras que asegurasen la eficacia de tan precioso instrumento. Se encontraron muchas dificultades para obtener la forma justa de la lente, y se propuso, seguramente por algún capitalista y no de los de bote y pincho, hacerlo de diamante; pero resultó que de este modo

el microscopio era costosísimo, y como la ciencia no está en razón directa con la riqueza, de difícil adquisición por los que habían de manejarlo.

Lister, un inglés y no de los molestos, dió el microscopio toda la precisión actual. Como la curiosidad, cuando no dedica sus ocios a fiscalizar los actos del vecino, puede prestar servicios admirables, aquí los prestó. Lister fué desde niño un observador; miope de un ojo, mirando un día por la ventana contempló cómo los objetos que veía a través de una burbuja de aire que había en el vidrio aparecían más grandes y más cerca de su débil ojo.

Extrañado ante tal fenómeno, que no había tenido la corrección de hacerse presentar con su nombre propio, Lister siguió estudiando e hizo la prueba con los lentes de aumento, y, no satisfecho con la explicación que éstos le dieron, se propuso construir él mismo un microscopio. Como tenía tantas cosas que hacer, no pudo mejorar este instrumento hasta cuarenta años después; al principio buscó un operario que le hiciese la lente, pero después la hizo él y la perfeccionó, y así quedó realizada esta maravilla, que con el telescopio, los rayos Röntgen, el vapor, la telegrafía, etc., emboban con sus prodigios.

Se puede con el microscopio ver un mundo de seres vivientes, que habitan en una gota de agua, sin temor a la humedad; ver las células blancas de nuestra sangre pelear contra el microbio, como se os contó en uno de nuestros primeros números; ver un fragmento de pétalo de rosa reunir su maravilloso tejido; presenciar la lucha que los parásitos sostienen con las plantas para arrebatarlas la vida.

Para observar con el microscopio, se mete el objeto sobre el platito que se llama porta-objetos y que ha de mirarse a través del tubo.

BACHILLER.

Nuestros pequeños científicos

EL ALUMBRADO

Los hombres primitivos se alumbraron con teas, que quemaban en tederas; después utilizaron las antorchas de fibras embreadas y candelas y lámparas de aceite provistas de mecha.

Más adelante se inventaron las candelas, cirios, velas y bujías; en los tiempos más cercanos se empleó el petróleo y, finalmente, el gas de carbón, el acetileno y la luz eléctrica.

El gas de carbón de piedra fué inventado a fines del siglo XVIII por Felipe Lebon y por Murdoch, y hoy está extendido no sólo al alumbrado, sino también a la cocción de alimentos y la calefacción.

Para obtener gas se ponen a fuego muy vivo unos grandes tubos de arcilla refractaria semejantes a ataúdes, llamados retortas, llenos de carbón de piedra y cerrados herméticamente.

El carbón calentado se hincha y descompone, desprendiendo el gas que se escapa por un tubo que recoge el de todas las retortas.

Este gas es impuro, y para depurarlo se le hace pasar por un tubo varias veces doblado llamado el serpiente, donde deja el alquitrán, y se lava, obligándole a pasar a través del agua de un depósito y, finalmente, se le pone en contacto con cal y otras substancias.

Luego es conducido bajo una gran campana o gasómetro que flota sobre agua; del gasómetro parten las cañerías que distribuyen el gas por la población.

También se emplea para el alumbrado el gas acetileno, que proviene de la descomposición del carburo de calcio por medio del agua.

La luz eléctrica y la de incandescencia o de pera, y de arco voltaico o de foco es la más potente, pero cara en producción e instalación.

SAMUEL SIMÓ CANTÓ.

CUENTO

LA SANDÍA

Estando Mari-Pepa en su huerta, vió una sandía de muy buen aspecto.

—¡Qué fresca y qué rica va a estar luego! —dijo— Me la comeré, y así no tengo que temer el que me haga daño el agua.

Y una vez que la hubo cortado de la planta se iba a comerla a la sombra del cobertizo de su casa y ya se disponía a partir la sandía, cuando oyó la voz, fresca y alegre, de su hija Ramona, que cantaba dentro de la casa.

—¡Vamos, Señor! —exclamó— ¡Pues no me iba a comer la sandía sabiendo que la gusta tanto a mí Ramonal...

Y entrando en casa regaló la sandía a su hija.

—Pero ¿y usted? —preguntó Ramona —¿porqué no la come gustándole tanto la fruta?

—¡No, no! Esta es para tí. Si yo quiero sandía, con ir a la huerta escogeré la que me apetezca.

Agradeció Ramona a su madre el regalo y esperó acabar la faena para comerla.

Entretanto, vino Juanín, el hijo menor de Mari-pepa, que ya había salido de la escuela. Al verle preguntó a su hermana si había sabido la lección.

—¡Ya lo creo —contestó Juanín— Bien lo sabes tú, que me la repasaste ayer.

—¡Ea, pues en recompensa, toma esa sandía que me dió nuestra madre! ¿Y te vas a quedar sin ella? Eso no.

—Cómela, bobito. ¿No ves que yo estoy en casa todo el día, y que si me antoja comer sandía no tengo que hacer más que pedírsela a nuestra madre?

Juanín abrazó a su hermana, y tomando la fruta se fué al cobertizo con ánimo de hincarle el diente. Pero en este momento llegó Lucas, el hermano mayor que volvía del mercado, fatigado del calor.

Juanín compadecido, ofrecióle la sandía.

—No, no; tomaré un poco cuando la partas. —dijo Lucas— No quiero que te quedes sin tu fruta.

—¡Tómala, hermano! Tú tienes que llevar ahora la comida a los trabajadores y vas a tomar otra vez el sol, en tanto que yo me quedo jugando aquí a la sombra. Cómela, que si yo quiero fruta, con pedírsela a madre...

—Bueno; pues ya te traeré mañana algo que te guste, cuando vuelva de la villa.

Y fuése Lucas a ver a su madre y preguntarla si tenía la comida ya preparada para la gente que trabajaba en sus tierras. Y como ya estaba preparada, no hizo más que cargar la caballería y marchar.

Sacó la sandía, y ya iba a rajarla cuando en el camino se encontró con su padre, el tío Blas, que con el azadón al hombro venía de las tierras y se dirigía a casa. Y estimó más dársela a su padre que comérsela él, y se la dió.

—¡Te lo agradezco, Lucas! Pero ¿por qué no te la comes tú, que también vas sudando?

—¡Bah! Yo soy joven... Ande usted a casa, que hoy cae fuego, y refresque usted por el camino.

Lucas espoleó a la cabalgadura, y alejóse a escape de allí.

Y el tío Blas continuando su camino iba pensando:

—¡Pobre hijo! Iba a comerse la sandía y al verme se ha privado de ella. Pero no quiero partir esta fruta. Ya es-

toy cerca de casa, y prefiero regalársela a mi Mari-Pepa, que se pondrá contenta.

Momentos después el buen labrador llegaba a su casa.

—¿Toma, mi pobre Blas! —expresó su mujer alargándole una jarra. —Ya verás cuánto te agrada: es vino agua y azúcar.

—Bueno, mujer, yo también te regalaré algo. toma esta sandía que me dió Lucas.

—¡Dios sea bendito! —repuso Mari-Pepa reconociendo la sandía que había dado a Ramona poco tiempo antes.

—¡Ay, mi Blas! Tú no sabes... ¿Cómo pagaremos al cielo la felicidad que nos ha concedido? Aquí es todo cariño y desinterés... ¡Qué dichosa soy, Dios mío!...

Y no lo fué menos el tío Blas, cuando supo lo ocurrido.

La falsificación de piedras preciosas

Los chinos han puesto ya las perlas al alcance de todos. Vamos nosotros a revelar el secreto de la falsificación de piedras preciosas a fin de que los aficionados a lucir alhajas no tengan que privarse de nada.

Los topacios de color carmín y los zafiros blancos son piedras que a veces alcanzan un gran valor, según su tamaño y calidad, pues son raras. Su imitación es relativamente sencilla. El topacio carmíneo se obtiene calentando hasta determinada temperatura el topacio amarillo, que es de escaso valor.

El topacio de Sajonia o cualquier zafiro muy pálido se pueden poner tan blancos que se asemejen al diamante; pero generalmente se quedará en la categoría de zafiros blancos, que son piedras muy valiosas y buscadas cuando son legítimas. El agente transformador es también el calor.

Por idéntico procedimiento un topacio brasileño puede imitar un finísimo rubí.

Pasando a las turquesas, las imitaciones más corrientes están hechas con una pasta de hueso teñida con sal de cobre. Su falsificación se descubre tocando la turquesa con un ácido. Las falsas cambian de color en el acto y las legítimas permanecen inalterables.

El topacio amarillo se imita coloreando cristal común con sales de plomo.

TE CONVIENE SABER...

Que el sol es el rey de los microbicidas. El agua, expuesta en un gran recipiente al sol del mediodía, los esteriliza en treinta y ocho minutos.

Que existen algunos lagartos que tienen dos colas, sin que se sepa si es una división de la ordinaria por consecuencia de riñas entre sus compañeros, u otra nacida al par que la principal.

Que las termas de Helwar (Egipto) son las más antiguas que se conocen. Son doce fuentes cuya temperatura es de 25 a 30 grados centígrados y sus aguas son sulfurosas y salinas.

Que la viuda, especie de gorrión del Natal, cuelga sus nidos en los hilos del telégrafo para ponerlos fuera del alcance de las serpientes, que allí abundan mucho.

Que en la república del Ecuador, en las estribaciones de los Andes, se cría un árbol cuya corteza se emplea para hacer mantas. Estas mantas vienen a ser bastante *cumplidas* y son tan suaves y flexibles como la lana. Su grueso es también como el de la franela y pueden enrollarse sin que se estropeen.

Cómo escribieron algunos hombres célebres

Aristóteles se levantaba muy temprano y trabajaba hasta que se dormía.

Tasso escribió las páginas más admirables en los intervalos de la enfermedad.

César compuso sus célebres «Comentarios» a caballo, como se ha aseverado.

La Fontaine escribió sus «Fábulas» debajo de las sombras de los árboles.

Pope jamás pudo trabajar bien sin haber declamado durante un largo rato en alta voz, excitando de esta manera el sistema nervioso de su máxima actividad.

JOSÉ RISCO.

Saldo de chistes malos

—Vamos a ver, Pepito; si de las siete bolsas que tienes en la mano te pide cinco tu hermano, ¿cuántas te quedan?

—Siete, papá.

—¿Cómo siete, si tu hermano te pide cinco?

—Sí; pero yo no se las doy.

—¿En qué se parece una cocinera que gasta mucho a una americana estrecha?

—En que tira de las sisas.

En una velada literaria leyeron una poesía muy larga que aburró extraordinariamente al público.

Terminada esta lectura, subió un señor a la tribuna y anunció: «Soneto».

Una señorita de las allí presentes preguntó a su amiga:

—Oye, ¿será muy largo ese soneto?

—Oiga usted, señá Ulogta; ¿cuánto me costará un sello de aspirina?

—No sé; pero me figuro que costará quince céntimos; porque, ¿cómo es p'al interior!

—¡Dios mío! —exclamaba un setentón—. ¡Tanto sufrir para cuatro días que uno vive!

—¿Cuál es la planta que mejor prende después de seca?

—No lo sé.

—Pues bien fácil: ¡la zarza!

—¿En qué se parece Madrid a la lana?

—En que Madrid se ahueca con el metro y la lana se ahueca con la vara.

Un guasón de los de poca fortuna quiso reír a costa del cura de su pueblo, y le preguntó:

—Dígame, Sr. Cura: ¿podría usted decir una misa por el alma de Salomón?

—Con mucho gusto.

—¿Y cuándo la dirá usted?

—Pues cuando me traigan la partija de defunción.

En el juzgado:

—Sepa usted que al Juez no se le habla con las manos metidas en los bolsillos.

—Pero Sr. Juez, si me traen aquí por meter las manos en los bolsillos de los demás... ¿dónde quiere su señoría que las ponga ahora?

—¿A que no sabes tu quién mató a César?

—¡Cualquiera no, Brutol!

—A mí no me llames bruto porque no sepa quién mató a César.

—¿Lo oyes?

Una criada entra en una tienda y pide un real de thé.

—¿Verde o negro? —pregunta el dependiente.

—¡Qué más dá! ¿No sabes que mi señora toma el thé acostada y sin encender la luz?

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón